

corazon. ¿Qué habria venido á ser de aquel objeto ?

Marius se habia marchado, sin decir adónde iba, y sin saber él tampoco adónde se dirigia, con treinta francos, su reloj, y alguna ropa en un saco de noche. Habia subido en un cabriolé de plaza, tomándole á la hora, y encaminándose á la ventura hácia el barrio latino.

¿Qué iba á ser de Marius ?

---

## LIBRO CUARTO

---

### LOS AMIGOS DEL ABC

---

#### I

#### UN GRUPO QUE POR POCO SE HACE HISTÓRICO

En aquella época, indiferente en la apariencia, corria vagamente cierto movimiento ó estremecimiento revolucionario. De las profundidades de 89 y de 92 se exhalaban unos como hálitos ó soplos que se hacian sentir en el aire. La juventud, — dispénsenos el lector la palabra, en gracia de la propiedad con que ella expresa nuestra idea, — la juventud, decimos, estaba de muda, como las aves. Ibase transformando, casi sin notarlo ella misma, por el propio movimiento del tiempo. La aguja que marcha en el cuadrante marcha tambien en las almas. Cada cual da-

ba hácia adelante los pasos que tenía que dar. Los realistas se convertían en liberales, los liberales en demócratas.

Era aquello como una marea ascendente complicada de mil reflujos; y como es propio de los reflujos el producir mezclas, de aquí ciertas combinaciones de ideas muy singulares: se adoraba á la vez á Napoleon y á la libertad. Ahora estamos escribiendo historia. Tales eran las visiones, ó los mirajes, de aquel tiempo. Las opiniones atraviesan sus fases correspondientes. El realismo voltariano, variedad bien extraña por cierto, tuvo su pareja, no ménos singular, en el liberalismo bonapartista.

Pero habia otros grupos de espíritus más formales. En estos se exploraba y se profundizaba el principio, se recurría á las cristalinas fuentes del derecho. Se apasionaban por el absoluto; entreveíanse las realizaciones infinitas. El absoluto, por su misma rigidez, impele á los espíritus hácia las regiones celestes, haciéndolos flotar en los espacios sin límite. Nada es tan á propósito como el dogma para crear el ensueño y el delirio. Y nada como el ensueño para engendrar el porvenir. La utopia de hoy es carne y hueso mañana.

Las opiniones avanzadas tenían doble fondo. Un comienzo de misterio amenazaba al «orden establecido,» el cual era sospechoso y solapado. Signo altamente revolucionario. Una segunda intencion en el poder se encuentra á la zapa con una segunda intencion en el pueblo. La incubacion de las insurrecciones da la réplica á la premeditacion de los golpes de Estado.

Todavía no existían entónces en Francia esas vastas organizaciones subterráneas como el tugenbund alemán y el carbonarismo italiano; pero ya se iban ramificando acá y acullá, ciertas excavaciones oscuras. En Aix se bostejaba la Cugurda; y en Paris habia, entre otras afiliaciones de este género, la Sociedad de los Amigos del A B C ¿Qué venía á ser esta sociedad del Abecedario? una so-

iedad cuyo objeto aparente era la educacion de los niños, pero cuyo objeto real y directo era la reforma social, el mejoramiento del hombre.

Declarábanse amigos del A B C. — El *Abaissé*<sup>1</sup>, es decir, el «abatido,» el «oprimido,» era el pueblo; y la sociedad se proponía realzarle, levantarle. Mal haría quien se riera de este retruécano. Los retruécanos suelen á veces ser graves en política; testigo: el *Castratus ad castrum* que hizo de Narses un general de ejército; testigo: *Barbari y Barberini*; testigo: *Fuegos y Fuegos*; testigo: *Tu es Petrus et super hanc petram*, etc., etc.

Los amigos del A B C eran poco numerosos; esta sociedad secreta se hallaba en estado de embrion; casi podríamos llamarla una pandilla, si de las pandillas pudieran surgir héroes. Reuníanse en Paris en dos sitios, junto á los mercados centrales (*Halles*), en una taberna llamada *Corinthe*, de la cual nos ocuparemos más adelante, y junto al Pantheon, en un café pequeño de la plaza de San Miguel, llamado el Café Musain, hoy ya demolido; el primero de estos puntos de cita y de reunion estaba contiguo á los obreros, y el segundo, inmediato á los estudiantes.

Los conciliábulos habituales de los Amigos del A B C se celebraban en una sala interior del café Musain.

Esta sala, bastante léjos del café, con el cual comunicaba por medio de un corredor muy largo, tenía dos ventanas y una salida á la callecita de Grès por una escalera excusada. Allí se fumaba se jugaba, se bebía y se reía. Se hablaba de todo á gritos y de algo más, en voz baja. Hallábase clavado en la pared un antiguo mapa de la Francia republicana, indicio más que suficiente para excitar el olfato de un agente de policía.

La mayor parte de los amigos del A B C eran estudian-

<sup>1</sup> *Abaissé* se pronuncia lo mismo que A B C en frances.

tes, en íntima y cordial union con algunos obreros. Hé aquí los nombres de los principales de ellos, que en cierto modo pertenecen ya á la historia : Enjolras, Combeferre, Juan Prouvaire, Feuilly, Courfeyrac, Bahorel, Lesgle ó Laigle, Joly, Grantaire.

Á fuerza de amistad, estos jóvenes formaban entre ellos una especie de familia. Excepto Laigle todos eran del Mediodía.

Aquel grupo era notable. Se desvaneció en las profundidades invisibles que se hallan ya tras de nosotros. En el punto de este drama al cual hemos llegado, tal vez no es inútil dirigir un rayo de claridad sobre esas cabezas jóvenes, ántes que el lector las vea sumergirse en la sombra de una aventura trágica.

Enjolras, á quien hemos nombrado el primero, por el motivo que se verá más adelante, era hijo único y rico.

Este Enjolras era un excelente jóven, capaz de ser terrible. Angélicamente hermoso, parecía un Antinoo hurraño. Al ver la reverberacion pensativa de su mirada, diríase que habia él atravesado ya, en alguna existencia precedente, el apocalipsis revolucionario, cuya tradicion conservaba como un testigo ocular. Todos los detalles de « la gran cosa » le eran conocidos. Naturaleza pontificia y guerrera á la vez, mezcla extraña en un adolescente, era al mismo tiempo celebrante y militante. Bajo el punto de vista inmediato, soldado de la democracia; en una esfera superior al movimiento contemporáneo, sacerdote del ideal. Tenía la pupila profunda, el párpado algo encarnado, el labio inferior grueso y fácilmente desdeñoso, la frente elevada. Mucha frente en una cara es como mucho cielo en un horizonte. Á la manera de ciertos jóvenes de principios de este siglo y de fines del siglo anterior, que fueron ilustres muy temprano, tenía él una juventud excesiva, fresca como la de una niña, aunque con ciertas

horas de palidez. Hombre ya, parecía aún niño. Sus veintidos años sólo representaban diez y siete; era grave, y parecía ignorar que existiese sobre la tierra un sér llamado a mujer. No tenía sino una pasion, el derecho; un pensamiento, vencer el obstáculo. En el monte Aventino, habria él sido Graco; en la Convencion, habria sido Saint-Just. Apenas veía las rosas, desconocía lo que es la primavera, y no oía nunca el canto de las aves; el pecho desnudo de Eyadné no le habria conmovido más que á Aristogiton; para él, como para Harmodius, las flores no servían sino para ocultar la espada. Era severo en los goces. En presencia de todo lo que no era la República, bajaba él castamente los ojos. Era el enamorado de mármol de la libertad. Su palabra, ásperamente inspirada, tenía la vibracion propia del canto de un himno. Distinguíase en él cierta apertura de alas inesperada. ¡Desgraciado el amorcillo que se hubiera arriesgado á pasar por su lado! Si alguna griseta de la plaza de Cambrai ó de la calle Saint-Jean-de-Beauvais, al ver aquella cara escapada del colegio, aquel talante de paje, aquellas largas cejas rubias, aquellos ojos azules, aquella cabellera tumultuosa lanzada á merced del viento, aquellas mejillas rosadas, aquellos labios virginales, aquellos dientes exquisitos, se hubiera visto acometida del apetito sensual de toda aquella aurora, y hubiese ido á ensayar su belleza en Enjolras, una mirada sorprendente y pavorosa la habria mostrado bruscamente el abismo, y la habria enseñado á no confundir con el querubin galante de Beaumarchais el formidable querubin de Ezequiel.

Al lado de Enjolras, que representaba la lógica de la revolucion, Combeferre representaba su filosofía. Entre la lógica de la revolucion y su filosofía hay esta diferencia: que su lógica puede concluir en la guerra, mientras que su filosofía no puede acabar sino en la paz. Combeferre completaba y rectificaba á Enjolras. Era ménos alto y más

ancho. Quería que se administrara á los espíritus los principios extensos de las ideas generales; y decía: Revolución pero civilización; y en derredor de la montaña piramidal, abría él el vasto horizonte azul. De aquí, en todas las teorías de Combeferre, algo accesible y practicable. Con Combeferre, la revolución era más respirable que con Enjolras. Enjolras representaba su derecho divino, y Combeferre su derecho natural. El primero se refería á Robespierre, y el segundo confinaba en Condorcet. Combeferre vivía más que Enjolras la vida de todo el mundo. Si hubiera sido dado á aquellos dos jóvenes llegar hasta á la historia, el uno habría sido el justo y el otro habría sido el sabio. Enjolras era más varonil, Combeferre era más humano. *Homo et Vir*: tal era en realidad el distintivo de entrambos. Combeferre era afable, como Enjolras era severo, por natural inclinación. Gustaba de la palabra ciudadano, pero prefería la palabra hombre. De buena gana habría él dicho: *Hombre*, como dicen los españoles. Todo lo leía, iba á los teatros, seguía los cursos públicos, aprendía de Arago la polarización de la luz, se apasionaba por una lección en que Geoffroy Saint-Hilaire había explicado la doble función de la arteria carótida externa y de la arteria carótida interna, la una que forma el rostro, la otra que forma el cerebro; hallábase al corriente de todo, seguía paso á paso el movimiento ascendente y progresivo de las ciencias, á fin de hallarse á la altura de los últimos descubrimientos, confrontaba á Saint-Simon con Fourier, descifraba los jeroglíficos, rompía cuantos guijarros encontraba razonando sobre geología, dibujaba de memoria una mariposa bómbox, señalaba las faltas de franceses en el Diccionario de la Academia, estudiaba á Puysegur y á Deleuze, no afirmaba nada, ni aún los milagros; nada negaba tampoco, ni aún las almas en pena; hojeaba a colección del *Monitor*, y cavilaba y deliraba y soñaba.

Declaraba que el porvenir está en manos del maestro de escuela, y se preocupaba mucho de las cuestiones de educación. Quería que la sociedad trabajara sin cesar en la elevación del nivel intelectual y moral, en acuñar la ciencia y en darla circulación, en la continua propagación de las ideas, en promover el crecimiento del espíritu en la juventud; y temía que la pobreza de los métodos empleados, la miseria del punto de vista literario limitado á dos ó tres siglos que se llaman clásicos, el dogmatismo tiránico de los pedantes oficiales, las preocupaciones escolásticas y las rutinas, no acabaran por hacer de nuestros colegios verdaderos bancos de ostras artificiales. Era sabio, purista, preciso, politécnico, laborioso, y al mismo tiempo pensativo « hasta la quimera, » como le decían sus amigos. Creía en todos los sueños: los ferrocarriles, la supresión del sufrimiento en las operaciones quirúrgicas, la fijación de la imagen de la cámara oscura, el telégrafo eléctrico, la dirección de los globos aerostáticos, y por otra parte, asustábanle poco las ciudadelas construidas en todas partes contra el género humano por las supersticiones, los despotismos y las preocupaciones. Era de aquellos que creen que la ciencia acabará por cambiar la posición. Enjolras era un jefe, Combeferre era un guía. Habríase querido combatir con el uno y marchar con el otro. No que Combeferre no fuese capaz de combatir, pues él no rehusaba tomar á brazo partido el obstáculo, y atacarle á viva fuerza y por explosión; pero le agradaba más ir poniendo poco á poco al género humano, por medio de la enseñanza de los axiomas y la promulgación de las leyes positivas, de acuerdo con sus destinos; y en presencia de dos claridades, inclinábase él más á la iluminación que á la combustión. Sin duda que un incendio puede producir una aurora; pero ¿por qué no esperar el levante del sol? Un volcán alumbra, pero el alba alumbra aún me-

jer. Combeferre preferia tal vez la blancura de lo bello á las llamas de lo sublime. Una claridad turbada por el humo, un progreso comprado con la violencia, no satisfacian sino á médias á aquel tierno y grave espíritu. Una precipitación perpendicular y violenta de un pueblo en la verdad, un 93, le asustaba; sin embargo, la estagnación le repugnaba aún más, viendo en ella la putrefacción y la muerte; en todo caso, más bien queria la espuma que el miasma, prefiriendo el torrente á la cloaca, y la catarata del Niágara al lago de Montfaucon. En suma, él no queria alto ni premura. Miétras que sus bulliciosos amigos caballerescamente prendados del absoluto, adoraban é invocaban las espléndidas aventuras revolucionarias, Combeferre se inclinaba más bien á dejar que se realizase por sí mismo y espontáneamente el progreso, el buen progreso; frio tal vez, pero puro; metódico, pero irreprochable; flemático, pero imperturbable. Combeferre se habria arrodillado, y con las manos cruzadas habria esperado que el porvenir llegara con todo su candor, sin que nada turbara en su majestuoso movimiento la inmensa y virtuosa evolucion de los pueblos. *Es preciso que el bien sea inocente*, repetia sin cesar. Y en efecto, si la grandeza de la revolucion consiste en mirar fijamente al ideal deslumbrador y en volar hácia él al traves de los rayos, con sangre y fuego en sus garras, la belleza del progreso se cifra en que sea él puro y sin mancilla; y entre Washington que representa el uno y Danton que encarna á la otra, hay la diferencia que separa al ángel con alas de cisne del ángel con alas de águila.

Juan Prouvaire era una variedad más templada aún que Combeferre. Llamábase Johan, en virtud de ese ligero y momentáneo capricho que se mezclaba con el vigoroso y profundo movimiento de donde ha emanado el estudio tan necesario de la edad média. Juan Prouvaire era enamorado,

cultivaba una maceta de flores, tocaba la flauta, hacia versos, amaba al pueblo, se compadecia de la mujer, lloraba la suerte del niño desvalido, confundia en la misma confianza al porvenir y á Dios, y censuraba á la revolucion por haber cortado una cabeza régia, la de Andres Chénier. Su voz era habitualmente delicada y de repente viril. Era letrado hasta la erudición, y casi orientalista. Sobre todo y más que todo esto era bueno; y, — cosa muy sencilla para el que sabe cuán de cerca confina la bondad con la grandeza, — tocante á poesia, preferia lo inmenso. Sabía el italiano, el latin, el griego y el hebreo; y esto le servia para no leer sino cuatro poetas: Dante, Juvenal, Esquyles é Isaías. En frances, daba la preferencia á Corneille sobre Racine y á Agrippa d'Aubigné sobre Corneille. Gustábale mucho divagar por los campos poblados de avena silvestre y de flores de aciano, y se ocupaba de las nubes casi tanto como de los acontecimientos. Su espíritu tenia dos actitudes, la una con respecto al hombre, la otra con respecto á Dios; estudiaba, ó contemplaba. Durante todo el dia, profundizaba las cuestiones sociales: el salario, el capital, el crédito, el matrimonio, la religion, la libertad de pensar, la libertad de amar, la educacion, la penalidad, la miseria, la asociacion, la propiedad, la produccion y la reparticion, el enigma de este mundo que envuelve en sombras á la gran familia humana; y por la noche, miraba y contemplaba los astros, esos seres enormes. Como Enjolras, tambien él era rico é hijo único. Hablaba despacio, inclinaba la cabeza, bajaba los ojos, sonreia con embarazo, iba mal vestido, era desaliñado en sus modales, se ponía colorado por nada, y era muy tímido. Por lo demas, intrépido.

Feuilly era un operario abaniquero, huérfano de padre y madre, que ganaba penosamente tres francos diarios, y no tenia sino un solo pensamiento, libertar ó emancipar al mundo. Aún tenia otra preocupacion: instruirse; lo que él

llamaba también emanciparse y libertarse él mismo. Había él enseñado á leer y á escribir; todo cuanto sabía lo había aprendido solo. Feuilly era un corazón generoso, que extendía sus brazos á la inmensidad. Aquel huérfano había adoptado á los pueblos. Viéndose privado de su madre, había él meditado en la patria. No quería que existiese sobre la tierra ni un solo hombre sin patria. Él mismo incubaba y cobijaba, con la profunda adivinación del hombre del pueblo, lo que nosotros llamamos hoy *la idea de las nacionalidades*. Había aprendido la historia expresamente para indignarse con conocimiento de causa. En aquel joven cenáculo de utopistas, ocupados principalmente de la Francia, él era quien representaba el exterior. Tenía por especialidad la Grecia, la Polonia, la Hungría, la Rumanía, la Italia. Pronunciaba estos nombres sin cesar, á propósito y fuera de propósito, con la ruda tenacidad del derecho. La Turquía sobre la Grecia y la Thesalia, la Rusia sobre Varsovia, el Austria sobre Venecia, eran otras tantas violaciones que le exasperaban. Entre todas ellas, la grande vía de hecho de 1772 le irritaba y le ponía fuera de sí. No hay elocuencia más soberana que la verdad en la indignación; y él era elocuente con este género de sublime elocuencia. No se cansaba nunca de repetir aquella fecha infame, de 1772, que pesa sobre un pueblo noble y valiente suprimido por la traición, aquel crimen de los tres, aquella inicua y monstruosa asechanza, prototipo y patron de todas esas horribles supresiones de estados de que posteriormente han sido víctimas otras nobles naciones, á las cuales se ha rasgado ó borrado, digámoslo así, su partida de bautismo. Todos los atentados sociales contemporáneos se derivan de la distribución de la Polonia. La repartición de la Polonia es un teorema cuyos corolarios son todos los atentados políticos actuales. No hay un solo déspota, no hay un traidor que desde casi un siglo á esta parte, no haya visado, apro-

bado, refrendado y rubricado, *ne varietur*, la repartición de la Polonia. Cuando se compulsaba el expediente de las traiciones modernas, desde luego aparece aquella en primera línea. El congreso de Viena consultó este crimen ántes de perpetrar el suyo. 1772 lanzó el ¡hurra! 1815 fué la ralea. Tal era el tema habitual de Feuilly. Es'e pobre obrero se había constituido en tutor de la justicia, y ella le recompensaba haciéndole grande. Y es que, en efecto, en el derecho se divisa el brillo de la eternidad. Ni Varsovia puede ser tártara, ni Venecia convertirse en tedesca. En esa tarea degradante, los reyes pierden el tiempo, el trabajo y el honor. Más tarde ó más temprano, la patria sumergida flota en la superficie y reaparece. La Grecia vuelve á ser la Grecia, la Italia vuelve á ser la Italia. La protesta del derecho contra el hecho persiste para siempre. El robo de un pueblo no prescribe jamás. Esas altas estafas no tienen porvenir. No se borra la marca de una nación como la de un pañuelo.

Courfeyrac tenía un padre á quien llamaban el señor de Courfeyrac. Una de las ideas falsas de la clase média de la restauración tocante á aristocracia y á nobleza, era el creer en la partícula (*de*). Sabido es que esta partícula no tiene ninguna significación. Pero los bourgeois del tiempo de *la Minerva* tenían en tan alta estima ese pobre *de*, que se creían obligados á abdicarle. El señor de Chauvelin se hacía llamar el señor Chauvelin; el señor de Caumartin, el señor Caumartin; el señor de Constant de Rebecque, Benjamin Constant; el señor de Lafayette, el señor Lafayette. Courfeyrac no había querido tampoco ser ménos, y se llamaba Courfeyrac á secas.

Y aún casi podríamos, por lo que hace á Courfeyrac, contentarnos con esto, limitándonos á decir, en cuanto á lo demás: Courfeyrac, véase Tholomyès.

Courfeyrac tenía, en efecto, esa verbosidad y ese chis-

te de juventud que pudiera llamarse la juventud diabólica del númen. Esta cualidad se extingue más adelante, como sucede con la gracia y gentileza del gatito; concluyendo toda gracia, de los piés, en el bourgeois, y de cuatro patas, en el gato.

Este género de númen y de chiste se le transmiten las generaciones que atraviesan las escuelas, los diferentes y sucesivos relevos de la juventud, y se le pasan de mano en mano, *quasi cursores*, casi siempre el mismo; de modo que, como acabamos de indicarlo, cualquiera que hubiese oído á Courfeyrac en 1828, habría creído oír á Tholomyès en 1817. Sólo que Courfeyrac era un buen muchacho. Bajo las aparentes semejanzas del donaire exterior, la diferencia entre Tholomyès y él era grande. El hombre latente que existía en ellos era en el primero muy diferente de lo que era en el segundo. En Tholomyès había un procurador, y en Courfeyrac un paladín.

Enjolras era el jefe, Combeferre el guía y Courfeyrac el centro. Los otros derramaban más luz, él daba más calor; el hecho es que él reunía todas las cualidades de un centro, la rotundidad y el brillo.

Bahorel había figurado en el tumulto sangriento de 1822, con ocasión de los funerales del joven Lallemand.

Bahorel era un sugeto de buen humor y de mala compañía, bravo, maniroto, pródigo hasta exceder todos los límites de la generosidad, hablador hasta la elocuencia, osado hasta el descaro; la mejor pasta del diablo que es posible hallar; con sus chalecos temerarios y sus opiniones color de escarlata; camorrista en grande, es decir, que prefería una reyerta á cualquiera otra cosa, á ménos que no fuese un motin, una bullanga, y daba la preferencia, sobre esta, á una revolucion; siempre dispuesto á romper unas vidrieras, despues desempedrar una calle, despues á derrocar un gobierno, para ver el efecto que esto hacía;

era estudiante de undécimo año. Olfateaba las leyes, pero no las estudiaba nunca. Tenía por divisa: *Abogado jamás*, y por armas una mesa de noche en la cual se divisaba un bonete. Cada vez que pasaba por delante de la Escuela de leyes, lo que le sucedía muy rara vez, se abotonaba la levita, pues aún no se había inventado el gaban, y tomaba sus precauciones higiénicas. Decía hablando del portal de la escuela: ¡qué hermoso viejo! y del decano, el señor Delvincour: ¡qué monumento! En sus cursos encontraba él asunto para componer canciones, y en sus profesores, tipos para hacer caricaturas. Consumía, en no hacer nada, una pensión bastante fuerte, como de tres mil francos anuales. Sus padres eran unos aldeanos á quienes había sabido él inculcar el respeto de su hijo.

Solía decir de ellos: Son aldeanos y no bourgeois; por eso no carecen de inteligencia.

Hombre de capricho y de humor disipado, Bahorel se hallaba esparcido en muchos cafés; los otros tenían ciertos hábitos, pero él no tenía ninguno. Callejeaba. Errar es humano, callejear es parisiense. Pero, en el fondo, era él un espíritu penetrante y pensador, más de lo que aparentaba serlo.

Él era quien servía de lazo y de punto de unión entre los Amigos del A B C y otros grupos, informes aún, pero que debían desarrollarse más adelante.

En este conclave de cabezas jóvenes había sin embargo una calva.

El marqués de Avaray, á quien Luis XVIII hizo duque por haberle ayudado á subir en un cabriolé de plaza el día en que emigró, refería que, en 1814, al volver á Francia, en el momento de desembarcar el rey en Calais, un hombre le presentó un memorial.

— ¿Qué es lo que usted pide? dijo el rey.

— Sire, una administracion de correos.

— ¿Cómo se llama usted?

— L'Aigle (*el águila*).

El rey frunció el entrecejo, miró la firma del memorial y vió el nombre escrito de esta manera: LESGLE. Esta ortografía poco bonapartista tranquilizó al rey y empezó á sonreír. — Sire, dijo entonces el hombre del memorial, yo cuento entre mis antepasados un perrero á quien dieron por sobrenombre ó apodo Lesgueules. De este apodo procede mi nombre. Me llamo Lesgueules, por contraccion Lesgle y por corrupcion L'Aigle. — Esta explicacion puso fin á la sonrisa del rey. Algun tiempo despues, dió al hombre la administracion de correos de Meaux, de intento ó por descuido.

El individuo calvo del grupo era hijo de este Lesgle, y se firmaba Lègle (de Meaux). Sus camaradas, para abreviar, le llamaban Bossuet.

Bossuet era un muchacho alegre que tenía desgracia en todo. Su especialidad consistía en no salir bien en nada. En cambio, él de todo se reía. Á los veinticinco años, ya estaba calvo. Su padre había acabado por poseer una casa y un campo; pero él, el hijo, se dió gran prisa á perder aquel campo y aquella casa en una falsa especulacion. Nada le había quedado. Tenía ciencia, no le faltaba talento, pero en todo abortaba. Todo le fracasaba, todo le engañaba; cuanto él construía, se desmoronaba sobre su cabeza. Si partía leña, se cortaba un dedo. Si tenía una querida, no tardaba en descubrir que él también tenía un amigo. Á cada instante le avenía alguna desdicha; de aquí su eterna jovialidad. Solía decir: *Yo habito bajo el tejado de las tejas que caen*. Poco admirado de ello, pues el accidente siempre era previsto para él, recibía con serenidad la mala suerte y sonreía de las incomodidades del destino como el que oye chancearse ó bromear. Era pobre, pero su bolsillo de buen humor era inagotable. Llegaba

muy pronto á su último centavo. jamás á su última carcajada. Cuando la adversidad entraba por las puertas de su casa, saludaba cordialmente á este antiguo conocimiento, y se burlaba de las catástrofes; trataba familiarmente á la fatalidad, en términos de llamarla por su sobrenombre: — Buenos días, Guignon, la decía.

Estas persecuciones de la suerte le habían hecho inventivo. Era un hombre lleno de recursos. No tenía dinero, pero hallaba medio de hacer, cuando se le antojaba, « gas- » tos sin freno y sin cuento. » Una noche llegó hasta á comerse « cien francos » cenando con una muchachuela, lo que le inspiró en medio de la orgía esta frase memorable: *Hija de cinco luises<sup>1</sup>, tirame de las botas*.

Bossuet se dirigía lentamente hácia la profesion de abogado; estudiando sus leyes á la manera que lo hacía Bahorel. Bossuet tenía escaso domicilio, y áun á veces no tenía ninguno; alojándose, hoy en casa de uno, mañana en casa de otro compañero; generalmente en casa de Joly. Joly estudiaba medicina, y tenía dos años menos que Bossuet.

Joly era el enfermo imaginario joven. Lo único que había él ganado en la medicina era á ser más enfermo que médico. Á los veintitres años, creíase ya valetudinario y pasaba su vida mirándose la lengua al espejo. Sostenía que el hombre se imanta ó magnetiza como una aguja, y colocaba su cama en la alcoba con la cabecera al sud y los piés al norte, á fin de que la circulacion de su sangre no se hallase alterada durante la noche por la gran corriente magnética del globo. En las tempestades se tomaba el pulso al instante. Á pesar de todo esto, era el más alegre y divertido de todos ellos. Todas estas incoherencias, joven, maniaco, enclenque y festivo, se avenían bien en él; resultando de este conjun-

<sup>1</sup> *Fille de cinq Luises*, « hija de cinco luises », y *fille de saint Louis*, « hija de san Luis » se pronuncian lo mismo en frances, dando ocasion á ese gracioso retruécano.



to un sér excéntrico y agradable á quien sus campañeros, pródigos de consonantes aladas, llamaban Jollilly. — Así puedes volar en cuatro L<sup>1</sup>, le decía Juan Prouvaire.

Acostumbraba Joly á tocarse la nariz con el puño de su baston, lo cual es un indicio de espíritu sagaz.

Todos estos jóvenes, tan diversos, y de quienes, en último resultado, no se debe hablar sino con formalidad, profesaban una misma religion: el Progreso.

Todos eran hijos directos de la revolucion francesa. Los más ligeros ó frívolos de entre ellos se mostraban solemnes, al pronunciar esta fecha: 89. Sus padres, segun la carne, eran ó habian sido fuldenses, realistas, doctrinarios; poco importaba nada de esto; esta mezcla anterior á ellos, que eran jóvenes, no les concernia en nada; la sangre pura de los principios corria por sus venas. Referianse ellos y se enlazaban, sin ninguna variedad ó gradacion intermedia, al derecho incorruptible y al deber absoluto.

Afiliados é iniciados, bosquejaban subterráneamente el ideal.

Entre todos estos corazones apasionados y todos estos espíritus convencidos, habia sin embargo un escéptico. ¿Cómo es que se hallaba allí? por yuxtaposicion. Este escéptico se llamaba Grantaire, y se firmaba habitualmente con este jeroglífico: R. — Grantaire era un hombre que se guardaba bien de creer en nada. Por lo demas, era uno de los estudiantes que habian aprendido mayor número de cosas durante sus cursos en París; sabia que el mejor café se servia en el Café Lemblin, y que el mejor billar era el del Café Voltaire; que se hallaban buenos bizcochos y buenas chicas en el Ermitage del boulevard del Maine, pollos *à la crapaudine* en casa de la tia Saguet, excelentes fritadas y pecados á la marinera en la barrera de la Cunette, y cierto

<sup>1</sup> La letra L en frances se pronuncia como *aile* (ala).

vinito blai co muy apetitoso en la barrera del Combate. Para todo conocia el los buenos sitios; ademas poseia bien el manejo de la chancía y el escarpin, algunas danzas, y era diestro y profundo jugador de palo. Más que todo esto, era gran bebedor. Tambien era desmesuradamente feo; la más graciosa pespuntadora de botitos que existia en aquel tiempo, Irma Boissy, indignada de su fealdad, llegó á pronunciar este fallo: *Grantaire es imposible*; mas no por eso se desconcertaba la fatuidad de Grantaire. Miraba con fijeza y con ternura á todas las mujeres, con cierto ademán de desden, como diciendo de todas ellas: *¡si yo quisiera!* y procurando siempre dar á entender á sus camaradas que se veia generalmente solicitado.

Todas estas palabras: derechos del pueblo, derechos del hombre, contrato social, revolucion francesa, república, democracia, humanidad, civilizacion, religion, progreso, se hallaban, para Grantaire, muy próximas á no significar nada absolutamente. Al oirlas, se sonreia. Esta caries de la inteligencia que llaman el escepticismo no le habia dejado ni una sola idea entera en su espíritu. Vivía entregado á la ironía. Su axioma favorito era este: No hay sino una sola certidumbre, mi vaso lleno. Se burlaba de todas las abnegaciones y de todas las adhesiones y sacrificios, en todos los partidos, lo mismo del padre que del hermano, lo mismo de Robespierre jóven que de Loizerolles. — ¡Bastante han adelantado con haber muerto! decía. Y señalando al crucifijo: Hé ahí un patibulo que al fin se salió con la suya. Corretón, jugador, libertino, ebrio con harta frecuencia, daba á aquellos jóvenes sonantes y entusiastas el disgusto de cantarrear muy á menudo: *Gústame las chicas, — me agrada el buen vino,* con la música de la cancion: *Viva Enrique IV.*

Por lo demas, este escéptico tenía un fanatismo. Este fanatismo no era una idea, ni un dogma, ni un arte, ni una

ciencia; era un hombre: Enjolras. Grantaire admiraba, amaba y veneraba á Enjolras. ¿ Con quién se ligaba aquel dudoso anárquico en toda aquella falange de espíritus absolutos? Con el más absoluto de todos ellos. ¿ De qué manera le subyugaba Enjolras? ¿ Por las ideas? No. Por el carácter. Fenómeno observado con frecuencia. Un escéptico que se adhiere á un creyente, es una cosa sencilla como la ley de los colores complementarios. El hombre propende siempre á buscar su complemento. Lo que nos falta nos seduce y nos atrae. Nadie ama tanto la luz como el ciego. La enana adora al tambor mayor. El sapo tiene siempre los ojos fijos en el cielo: ¿ para qué? Para ver volar las aves. Grantaire, en quien se arrastraba la duda, se complacía en ver la fe cerniéndose en Enjolras. Sin que él pudiera darse de ello una cuenta clara, y sin que tratara siquiera de buscar una explicacion de tan singular fenómeno, aquella naturaleza casta, sana, firme, recta, dura y cándida le hechizaba. Por instinto, admiraba él á su contrario, á su antítesis. Sus ideas inconsistentes, plegables, dislocadas, enfermizas, deformes, se adherían á Enjolras como á una espina dorsal. Su ráquis moral se apoyaba en aquella firmeza. Al lado de Enjolras, Grantaire se transformaba en una persona. Por otra parte, él mismo se hallaba compuesto de dos elementos incompatibles en apariencia. Era irónico y cordial. Su indiferencia amaba. Su espíritu podía muy bien pasarse sin creencias, pero su corazón no podía pasarse sin amistad. Contradicción profunda; pues una afección es una convicción. Pero tal era su naturaleza. Hay hombres que parecen nacidos para ser el reves y el reverso: que son Póllux, Patroclo, Nisus, Eudamidas, Ephetion, Pechmeja; que no viven sino con la condición de hallarse respaldados en otro; cuyo nombre es una continuación, un séquito, y no se escribe sino precedido de la conjunción *y*; cuya existencia no les es pro-

pia, sino que es el apéndice de otro destino que no es el suyo. Grantaire era uno de estos hombres. Era el reverso de Enjolras.

Casi podría decirse que las afinidades principian en las letras del alfabeto. En la serie, O y P son inseparables. Podéis, al arbitrio, pronunciar O y P, ú Orétes y Pilades.

Verdadero satélite de Enjolras, Grantaire habitaba en aquel círculo de jóvenes; allí era donde él vivía; sólo entre ellos se hallaba contento y satisfecho; y los seguía á todas partes. Su mayor alegría era el ver cómo iban y venían aquellas figuras misteriosas al traves de los vapores del vino. Le toleraban por su buen humor.

Creyente y sobrio, Enjolras desdeñaba á aquel escéptico, menospreciaba á aquel beodo. Sólo le otorgaba un poco de compasión altiva. Grantaire era un Pilades no aceptado. Tratado siempre con aspereza por Enjolras, duramente rechazado, alejado y vuelto siempre al mismo sitio, solía decir de Enjolras: ¡ Qué mármol tan hermoso!

## II

### ORACION FUNEBRE DE BLONDEAU POR BOSSUET

Una tarde que tenía, como vamos á ver, cierta coincidencia con los sucesos referidos anteriormente, hallábase Laigle de Meaux recostado sensualmente contra las jambas de la puerta del café Musain. Parecía una cariátide en vacaciones. Nada llevaba consigo sino sus ensueños. Estaba mirando desde allí á la plaza de San Miguel. Respaldarse es una manera de estar recostado y de pié al mismo tiempo, que no detestan los cavilosos y soñadores. Laigle de Meaux estaba pensando á la sazón, sin melancolía, en una pequeña malaventura que le habia sucedido la antevíspera en la escuela de leyes, y que modificaba sus planes personales para el porvenir, planes que por otra parte eran bastante vagos é indistintos.

El ensueño no impide sin embargo que pase por allí un cabriolé, ni tampoco impide al soñador que repare en él.

Laigle de Meaux, cuyos ojos vagaban en una especie de ociosidad difusa, vislumbró, al traves de este sonambulismo, un vehículo de dos ruedas que caminaba por la plaza, el cual iba al paso, y como indeciso. ¿Contra quién se dirigia aquel cabriolé? ¿por qué iba al paso? Laigle fijó en él su atención, y se puso á observarle. Notó que iba dentro, al lado del cochero, un jóven, y delante del jóven, un saco de noche bastante grueso. El saco mostraba á los transeuntes este nombre escrito en grandes letras negras sobre una tarja cosida á la tela : MARIUS PONTMERCY.

Este nombre hizo cambiar de actitud á Laigle, quien se enderezó y dirigió este apóstrofe al jóven del cabriolé :

— ¡Señor Marius Pontmercy!

El cabriolé interpelado se detuvo.

El jóven que, él tambien, parecia entregado á profundas cavilaciones, levantó los ojos.

— ¿Qué hay? dijo.

— ¿Usted es el señor Marius Pontmercy?

— Sin duda.

— Yo le buscaba á usted precisamente, añadió Laigle de Meaux.

— ¿Pues cómo es eso? repuso Marius; porque era él, en efecto, que venia entónces, despedido ya, de casa de su abuelo, y se hallaba frente á sí una fisonomía que él veía por primera vez : yo no conozco á usted.

— Ni yo le conozco á usted tampoco, respondió Laigle.

Marius creyó en algun encuentro de chasco y de burlas, algun principio de broma ó *mistificación* en medio de la calle. Pero en aquel momento no se hallaba el de humor para chanzas, por lo cual frunció el entrecejo. Laigle de Meaux prosiguió imperturbable :

— Antes de ayer no estaba usted en la escuela.

— Es muy posible.

— Es cierto.